

TRACE

**Traditional Children's Stories for a common
Future**

Ranita

Fran Mikuličić



Co-funded by the
Erasmus+ Programme
of the European Union



Había una vez un marido y su esposa, casi ancianos, pero sin hijos. Desesperados por tener un hijo, solían rezar a Dios siempre para que les diese uno. Una vez fueron a celebrar un banquete, donde una vez más rezaron a Dios para que les concediera un hijo, aunque fuera solo una ranita. De regreso a casa, la esposa sintió que estaba embarazada y nueve meses después dio luz a... ¿¡qué!?! ¡una ranita! Aun así, Ranita era su orgullo y alegría.

La pequeña siempre estaba fuera en el jardín y rara vez entraba en casa. Como el anciano estaba siempre atareado, su esposa le solía llevar el almuerzo cada día, pero se hizo mayor y un día se empezó a quejar: “No puedo mover ni un solo músculo, y mucho menos llevarle el almuerzo a mi esposo; mis piernas ya no me sostienen.” Su hija, la ranita, que ya había cumplido catorce años, justo había entrado y dijo: “Madre, veo que estás mayor, ya no puedes caminar ni llevarle a mi padre la comida. Deja que yo le lleve el almuerzo.”

La madre respondió: “Mi querida hija Ranita, cómo le vas a llevar la comida si no puedes cargar con ella; si ni siquiera tienes brazos para coger la cacerola.” Ranita dijo, “Oh, pero me las puedo arreglar; tú solo tienes que poner la cacerola en mi espalda y atarla a mis piernas. No te preocupes.”

“Entonces inténtalo, a ver si lo puedes conseguir,” dijo la madre, después puso la cacerola en la espalda de la ranita, la ató a sus piernas y se despidió de ella. La ranita cargó con la cacerola, pero cuando llegó a la puerta del jardín no pudo abrirla ni saltar por encima de ella, así que llamó a su padre. El padre vino, cogió la cacerola y tomó su almuerzo. Tras esto, la ranita le pidió que la subiera a un cerezo. Una vez arriba, la ranita cantó y su voz resonó a su alrededor, tan bella como una canción cantada por las hadas.

Y he aquí que el hijo del rey pasaba por allí cerca para cazar en el bosque y escuchó la canción. Cuando el canto cesó, se acercó al anciano para preguntarle quién cantaba de aquella manera tan bella. El anciano le dijo que no lo podía saber, pues tan solo escuchaba a los cuervos volando sobre su cabeza. “Dime, oh, sea quien sea. Si es un muchacho, será mi compañero, si es una muchacha, será mi prometida,” imploró el príncipe. A pesar de ello, el anciano temió revelar la verdad y siguió diciendo que no lo sabía. Y así, el hijo del rey regresó a su casa. Al día siguiente la ranita volvió a llevar el almuerzo a su padre, su padre la volvió a subir al cerezo y ella volvió a cantar de forma celestial. Y he aquí, el hijo del rey volvió a cazar allí cerca tan solo para escuchar la canción y poder ver quién la cantaba.

Ranita estaba cantando encima de un cerezo y todo el valle resonaba con su canción. Al terminarla, el hijo del rey volvió a preguntarle al anciano de quién era aquel canto. El anciano le dijo que no lo sabía. “Y quién te ha traído tu almuerzo?” preguntó el príncipe. “Yo lo he traído,” respondió el anciano, “cuando regresé ayer a casa estaba tan cansado que no pude comer, por eso hoy he traído el almuerzo conmigo.” El príncipe dijo: “Esa canción me llega al corazón. Anciano, tú debes saber quién canta, dímelo; si es un muchacho, será mi compañero, si es una muchacha será mi amada.” Finalmente, el anciano habló, “Os lo diré, pero hará que me avergüence y que os enfadéis conmigo.” El príncipe era persistente: “No temas, dímelo.” Así pues, el anciano le confesó que era una ranita la que cantaba y que esta era su hija. “Dile que baje.”

Ranita bajó del árbol y cantó una vez más. El corazón del joven latió con alegría y le dijo: “Sé mi amada. Mañana, las prometidas de mis dos hermanos vendrán al castillo. El rey entregará el reino al hermano a quien su prometida le traiga la flor más bella. ¿Vendrás tú también y me traerás la flor que elijas?” La ranita respondió: “Estaré allí si lo deseáis, pero debéis enviar un gallo blanco para que pueda llegar.” El príncipe regresó a casa y envió un gallo blanco. Ella pidió ayuda al sol para que le diera un vestido hecho de rayo de sol. Al día siguiente, se llevó consigo su vestido de rayo de sol y montó en el gallo. Cuando se

encontró con los guardas del portón de la ciudad, no la dejaron entrar, pero desistieron tras amenazarlos con quejarse al hijo del rey. Tan pronto como estuvo dentro de la ciudad, el gallo se convirtió en un hada blanca y Ranita se transformó en la muchacha más bonita de todo el reino, vestida con un vestido de rayo de sol. La flor que había elegido era una espiga de trigo, y así, emprendió su camino hacia el palacio del rey.

El rey se acercó en primer lugar a la prometida de su hijo mayor y le preguntó qué tipo de flor había traído. Ésta le mostró una rosa silvestre. El rey se acercó a la prometida de su segundo hijo y le preguntó qué tipo de flor había traído. Esta le mostró un clavel. El rey se volvió hacia la amada de su hijo menor y, viendo la espiga de trigo, se dirigió a ella: “Has traído la mejor y más útil flor, la prueba de que sabes que no existe vida sin el trigo y de que reinarás con una gran aptitud. ¡¿Qué otras flores y qué majestuosidad necesitamos?! Cásate con el menor de mis hijos, pues eres su prometida. A él le otorgaré mi reino.” Y así fue como Ranita se convirtió en reina.